

Estrategias para garantizar la rentabilidad y el relevo generacional del olivar tradicional en Jaén

 **Por: Antonio Ruz-Carmona, Cooperativa Agraria San Roque, Arjonilla, Manuel Parras-Rosa, Universidad de Jaén y Sergio Colombo, IFAPA, Centro Camino de Purchil, Granada.**

El olivar tradicional de la provincia de Jaén —pieza clave de su economía y referente mundial en producción de aceites de oliva— se encuentra en un punto crítico. La estructura minifundista, la fragmentación extrema de parcelas, el envejecimiento de los agricultores y el incremento de los costes de producción amenazan gravemente su continuidad. Este artículo sintetiza los resultados de una tesis doctoral¹ que estudia los factores que influyen en los costes de producción del olivar de Jaén. Este análisis técnico basado en tiempos reales de operación, revela los factores que más lastran la rentabilidad y propone estrategias de cooperación como vía imprescindible para la sostenibilidad y el relevo generacional.

Un paisaje valioso en riesgo

Durante décadas, el olivar tradicional ha funcionado como una especie de “seguro” para muchas familias: pequeñas explotaciones, a menudo heredadas, donde el trabajo de la mano de obra familiar permitía mantener el cultivo con desembolsos monetarios relativamente bajos. El resultado es un mosaico de miles de parcelas, con olivos de marcos amplios, escasa mecanización en muchos casos y una gran diversidad de situaciones, según pendiente, acceso al agua y tamaño de las fincas. Este modelo ha garantizado fijación de población rural, mantenimiento del paisaje y conservación de una cultura ligada al olivo, pero, al mismo tiempo, ha generado una estructura productiva extremadamente frágil ante el aumento de competitividad de explotaciones modernas y tecnificadas, la volatilidad de precios y el envejecimiento de la población agraria.

La trampa del minifundismo y la fragmentación

Los datos estructurales dibujan claramente el problema: en la provincia de Jaén, el 71% de las explotaciones tienen menos de 5 hectáreas y el 72% de las parcelas menos de 1 ha. Esto significa, en la práctica, que un pequeño agricultor suele gestionar un conjunto de pequeñas parcelas dispersas, a las que debe acceder con su tractor o todoterreno, realizando en cada labor de cultivo múltiples desplazamientos al día, repeticiones de preparativos y de maniobras en las lindes. Estas operaciones consumen tiempo, combustible y esfuerzo, lo que se traduce en costes ocultos que solo salen a la luz cuando se analizan de forma rigurosa. Un ejemplo ilustrativo es que gestionar una parcela de apenas 0,25 ha, común en zonas de minifundio, respecto a una parcela de tamaño óptimo de 3 ha, implica un incremento del 22% en los costes de producción, un 38% más de tiempo de mano de obra y un 46% más de consumo de combustible y emisiones de CO₂, sin que haya ninguna mejora equivalente en producción. Esa desproporción refleja cómo la estructura física de la explotación puede condenar a la ineficiencia, aunque el agricultor sea técnicamente competente y trabajador.



¹ Tesis doctoral de Antonio Ruz Carmona de la Universidad de Jaén titulada “Estudio de los factores que influyen en los costes de producción del olivar tradicional y estrategias para el aumento de su rentabilidad”.

La vecería y la montaña rusa de costes

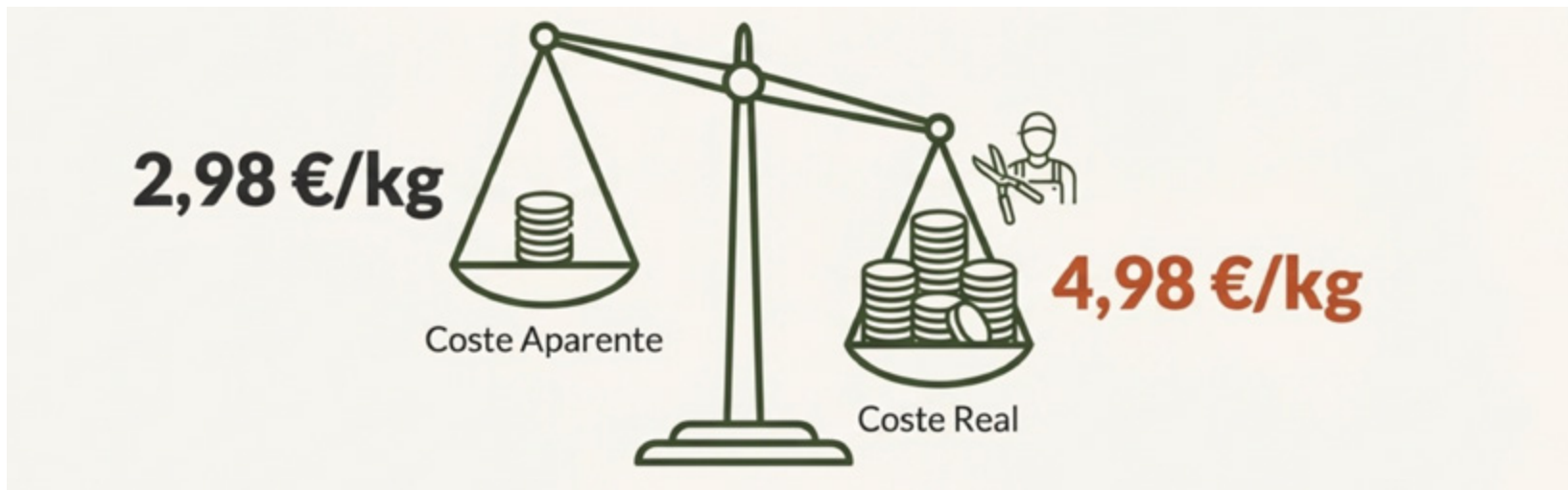
A la fragmentación se le suma una característica natural del olivo: su tendencia a la vecería, es decir, la alternancia de años de alta y baja producción. En un año de cosecha corta, el agricultor debe seguir realizando prácticamente las mismas labores (abonado, tratamientos, poda, control de hierbas, etc.), pero reparte esos costes sobre una cantidad de aceituna mucho menor, lo que dispara el coste por kilo. El análisis cuantitativo revela que una caída del 50% en la cosecha puede provocar un aumento del 75%–80% en el coste unitario por kilogramo, mientras que un incremento del 50% en la producción solo reduce el coste por kilo entre un 25% y un 30%.

Este comportamiento no lineal hace que los años malos sean mucho más dañinos que los años buenos. Para un joven que se plantea quedarse en el olivar, esta montaña rusa supone un fuerte desincentivo: lograr una rentabilidad no solo depende de la estructura de su finca, sino también de la biología del cultivo amplificando los riesgos, sobre todo en las parcelas de secano. Si a eso se añade el aumento del precio de los insumos y de la energía, la sensación de “trabajar mucho para ganar poco” se convierte en una barrera real para el relevo generacional.

La mano de obra familiar: una rentabilidad que no es real

Durante mucho tiempo, la economía del olivar tradicional se ha sostenido sobre una ficción contable: el trabajo familiar no se valora como un coste real. Cuando un matrimonio o pareja, o un padre/madre con hijos/as, dedica jornadas enteras a la explotación sin imputarse un salario equivalente al de un trabajador eventual, las cuentas de la finca pueden percibirse como favorables, pero no describen una actividad rentable en términos empresariales.

Si se remunera la mano de obra familiar a precios de mercado, el coste medio provincial se sitúa en torno a 4,98 €/kg de aceite, cuando ese trabajo no se contabiliza, el coste aparente baja a 2,98 €/kg. Es decir, buena parte de la supuesta rentabilidad descansa en trabajar gratis o por debajo de lo que se pagaría a un asalariado. Este mecanismo puede funcionar en una generación con fuerte arraigo al campo y sin alternativas laborales, pero se vuelve insostenible cuando los hijos/as comparan ese “autoempleo” con otras opciones de trabajo y calidad de vida, a menudo fuera del municipio rural de origen.

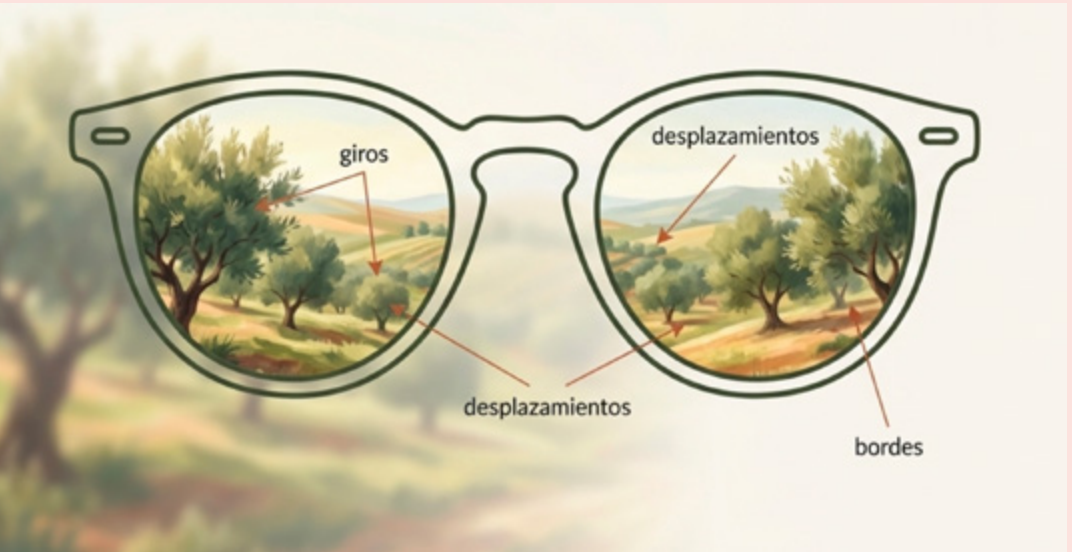


Desde una perspectiva de relevo generacional, esto es crucial: ningún joven se sentirá atraído por asumir una explotación que solo es viable si él mismo acepta no pagar por su trabajo. El resultado es

un goteo de abandono, ventas fragmentadas, tierras infrautilizadas y un envejecimiento cada vez mayor de los titulares, que aplazan decisiones porque no ven un horizonte claro.

OliCost: mirar el olivar con las gafas del tiempo

Para entender con precisión dónde se dispara el coste, se propone una nueva metodología de cálculo de costes que centra el análisis en el tiempo de operación de cada tarea y en su relación con los recursos utilizados. La idea de partida es sencilla, pero poderosa: cada labor del olivar (desde pasar el atomizador hasta recoger la aceituna) se traduce en horas de trabajo por hectárea y año. Esas horas, multiplicadas por el coste de la mano de obra, la maquinaria, el combustible y los insumos, dan como resultado el coste real de la operación.



La metodología propuesta permite separar varios niveles de tiempo:

- **Tiempo teórico de operación (TT):** es el tiempo mínimo que llevaría una tarea en una parcela con estructura y forma suficiente para alcanzar la máxima eficiencia del trabajo. Sería, por ejemplo, el caso de pasar el abonador sin interrupciones en una finca perfectamente diseñada.
- **Tiempo inicial de operación (TI):** incorpora todos los tiempos necesarios para la preparación de la maquinaria, como revisar el tractor, enganchar el apero, cargar la cuba o llenar la abonadora. Estos tiempos son independientes del tamaño de la explotación, repercutiendo mayores gastos en las pequeñas parcelas.
- **Tiempo práctico de operación (TP):** suma al TI las

pérdidas de tiempo debidas a la fragmentación por efecto borde (TEB), cuando en los extremos de la parcela no se puede aprovechar todo el ancho de trabajo, y por efecto giro (TEG), que recoge el tiempo perdido en maniobras y reducciones de velocidad al girar el tractor.

- **Tiempo final de operación (TF)** añade al TP las ineficiencias temporales debidas a la dispersión parcelaria: el efecto desplazamiento (ED), es decir, el tiempo de ir desde el lugar donde se guarda la maquinaria hasta la primera parcela, y el efecto mudanza (EM), que representa los desplazamientos entre parcelas durante la jornada.

Imaginemos un caso práctico: una explotación con varias parcelas pequeñas y dispersas. El TT del abonado puede ser relativamente bajo, pero el agricultor debe enganchar el apero, cargar el fertilizante, desplazarse desde el pueblo a cada parcela, trabajar con más giros y bordes y, después, moverse a la siguiente finca. Cuando se suman todos estos componentes, el TF puede llegar a duplicar o triplicar el TT, lo que significa que una gran parte del tiempo no se dedica a “trabajar la tierra”, sino a sortear la mala estructura de la explotación. La implementación de esta metodología se lleva a cabo con una herramienta desarrollada ad-hoc para el cálculo de costes en olivar, llamada OliCost.

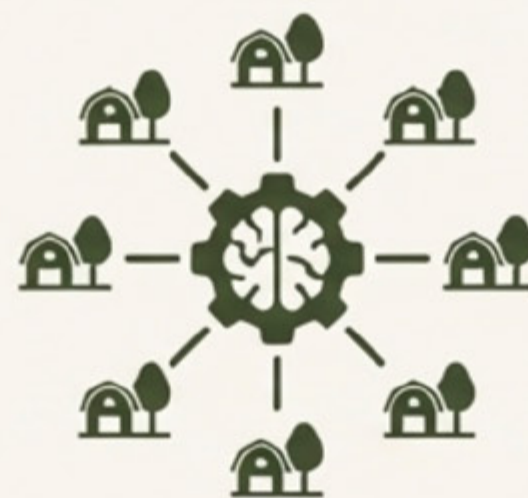
Ventajas técnicas de OliCost para la toma de decisiones

Al descomponer el tiempo de esta forma, OliCost no solo calcula costes, sino que señala en qué eslabones del proceso se concentran las mayores ineficiencias. Para un agricultor o una cooperativa, esto es valioso porque permite hacerse preguntas muy concretas: ¿compensa invertir en un atomizador más grande para reducir el número de recargas?, ¿tiene sentido alquilar una nave más cercana a las parcelas principales para disminuir el tiempo de desplazamiento?, ¿qué ahorro de tiempo supondría agrupar varias parcelas en una sola unidad trabajable? Además, al utilizar el tiempo como variable común, el método facilita comparar modelos productivos distintos (olivar tradicional secano, tradicional de riego, intensivo, etc.) bajo un mismo criterio. De este modo, se pueden simular escenarios: cómo cambiarían los costes si una parte de la explotación se transformara a olivar intensivo, si se compartiera maquinaria entre varios socios, o si una cooperativa asumiera la gestión coordinada de las fincas de una zona.



ARZ (Arrendamiento Zonal Cooperativo)

Agrupar parcelas arrendadas para crear unidades de gestión eficientes.



SGF (Sección de Gestión de Fincas)

La cooperativa planifica y ejecuta de forma centralizada las labores de las fincas asociadas.



STF (Sección de Transformación Zonal)

La cooperativa lidera la reconversión de olivar tradicional a modelos intensivos.

Cooperación: pasar de "mi parcela" a "nuestra explotación"

Los resultados del análisis conducen a una conclusión clara: las soluciones individuales han tocado techo. Externalizar algunos trabajos o arrendar de forma aislada una parcela no corrige el problema de base, que es la falta de dimensión empresarial y la fragmentación. Por eso los resultados otorgan un papel central a las cooperativas, no solo como entidades que molturan aceituna y comercializan aceite, sino como verdaderas plataformas de gestión y reorganización del territorio. Para ello se plantean varias estrategias:

1- Modelo de Arrendamiento Zonal Cooperativo (ARZ)

Se propone que la cooperativa identifique y agrupe parcelas colindantes o cercanas cuyos propietarios estén dispuestos a arrendar, creando bloques espacialmente continuos o semicontinuos que puedan ser gestionados como una unidad productiva eficiente. Para el propietario, esto supone percibir una renta estable sin renunciar a la propiedad ni a posibles decisiones futuras a medio plazo y para el agricultor profesional o la propia cooperativa, ofrece la posibilidad de trabajar superficies más grandes, reducir desplazamientos y aprovechar mejor la maquinaria. Según los resultados de la tesis, el impacto en la productividad del trabajo es tangible, incrementándose el jornal del titular de la explotación de 56,73 € a 77,78 € en olivar tradicional no mecanizable (OTNM), de 81,75 € a 355,03 € en olivar tradicional mecanizable de secano (OTMS) y de 46,86 € a 130,98 € en olivar tradicional mecanizable de riego (OTMR).

2- Gestión profesional desde la cooperativa: la Sección de Gestión de Fincas (SGF)

La Sección de Gestión de Fincas va más allá del simple arrendamiento, planteando que la cooperativa asuma la planificación integral de las labores de las explotaciones cuyos propietarios así lo decidan. En este modelo, la cooperativa diseña el calendario de labores, contrata servicios, organiza cuadrillas, coordina el uso de maquinaria y realiza las compras de

insumos de manera conjunta, mientras que los propietarios siguen siendo titulares de sus parcelas y perciben los ingresos correspondientes.

Desde el punto de vista técnico, la SGF permite aplicar economías de escala en tiempo y costes: se reducen desplazamientos redundantes, se optimiza la utilización de tractores y aperos, y se negocian mejores precios de insumos y servicios al contratar volúmenes mayores. Los resultados estimados en la tesis doctoral muestran reducciones de costes del 12% en olivares tradicionales mecanizables de secano (OTMS) y del 10% en olivares de riego (OTMR), cifras que pueden marcar la diferencia entre una explotación viable y otra en pérdidas.

3- Sección de Transformación Zonal (STF)

Finalmente, la Sección de Transformación Zonal asume que, debido a la existencia de condiciones favorables para la intensificación del cultivo, se transforme el olivar tradicional hacia modelos intensivos con mayor productividad por hectárea y más fácil mecanización. La novedad reside en que la cooperativa lidera y estructura esta transformación, desde el diseño de las nuevas plantaciones hasta la financiación y la gestión técnica, de manera que ningún agricultor tenga que afrontar solo una inversión tan elevada y compleja.

Los análisis económicos muestran que la reconversión de olivares tradicionales de riego (OTMR) a olivares intensivos de riego (OIR) puede alcanzar un payback de 7 años, una Tasa Interna de Rentabilidad (TIR) del 23,2% y un VAN de 36.628 €/ha, cifras muy atractivas en términos de inversión agraria. En el caso del paso de OTMS a olivar intensivo de secano (OIS), el periodo de retorno aumenta a 12 años y la TIR se reduce al 13,5%, lo que sigue siendo viable si se gestiona con visión de largo plazo. Estos resultados muestran que, cuando se combinan escala, tecnología y gestión profesional, el olivar puede ofrecer una rentabilidad capaz de atraer a nuevas generaciones.

Cambiar políticas y mentalidades

Para que estas estrategias se materialicen, no basta con que existan herramientas técnicas como OliCost o modelos cooperativos avanzados, es imprescindible un entorno institucional y cultural que las favorezca. En el plano de las políticas públicas, el estudio propone reorientar las ayudas para premiar proyectos de gestión conjunta, arrendamiento zonal y explotaciones agrupadas que alcancen tamaños óptimos, en lugar de perpetuar la atomización. También plantea actualizar los indicadores económicos oficiales incorporando metodologías basadas en tiempos de operación, de modo que los diagnósticos y las decisiones se apoyen en datos que reflejen la realidad de los costes.

En el plano social, el reto es quizá más complejo: implica pasar de la lógica del “cada uno con su parcela” a una visión compartida del territorio como un proyecto común. Para muchos agricultores, ceder la gestión o agrupar tierras supone un cambio profundo en la manera de entender la propiedad y el trabajo. Sin embargo, sin ese salto cultural será difícil garantizar una renta digna y un futuro atractivo para los jóvenes.

Como conclusiones, para garantizar la continuidad del olivar jiennense y facilitar el relevo generacional, se proponen las siguientes acciones prioritarias:

1. Impulsar la creación de Secciones de Gestión y Transformación en Cooperativas: a través de programas específicos de apoyo técnico, financiero y organizativo.

2. Redefinir las ayudas públicas: priorizar proyectos de gestión conjunta, arrendamiento zonal y explotaciones agrupadas que alcancen la escala óptima.

3. Actualizar los indicadores económicos oficiales: incluir la metodología basada en tiempos de operación, para que las políticas públicas revelen la realidad productiva.

4. Promover un cambio cultural en el sector: divulgar de manera rigurosa y accesible los beneficios de los modelos colectivos y la necesidad de abandonar lógicas individuales que ya no funcionan.

Dos Caminos. Una Decisión.



Inercia

Confiar en los precios, perpetuar la atomización.
Conduce al abandono y la pérdida de tejido social.

Reestructuración

Basada en análisis, cooperación y gestión profesional.
Abre la puerta a un modelo rentable y sostenible para las nuevas generaciones.

El olivar tradicional de Jaén tiene ante sí dos caminos: mantener la inercia, confiando en que los precios de los aceites de oliva compensen los problemas estructurales, o emprender una reestructuración profunda basada en el análisis riguroso de costes, la cooperación y la gestión profesional. El primer camino conduce, lentamente, al abandono, la pérdida de tejido social y la desaparición de un paisaje único; el segundo exige esfuerzo de organización y cambio de mentalidad, pero abre la puerta a un modelo rentable, sostenible y capaz de ofrecer oportunidades reales a las nuevas generaciones.

Las herramientas, como OliCost, y las estrategias cooperativas propuestas demuestran que hay alternativas concretas para garantizar la rentabilidad y el relevo generacional del olivar tradicional. Lo que está en juego no es solo la cuenta de resultados de cada explotación, sino el futuro de una provincia cuya identidad, economía y paisaje están intrínsecamente ligados al olivo.